

DESARROLLO

ECONOMICO E INDUSTRIALIZACION:

EL CASO DE MEXICO *

Por el LIC. PLÁCIDO GARCÍA REYNOSO

EXISTE actualmente entre los estudiosos de la economía mundial y del desarrollo económico, acuerdo unánime en el sentido de que el período posbélico se caracteriza por el crecimiento continuo de la llamada "brecha" entre los niveles de desarrollo económico y de bienestar social alcanzados en las regiones económicamente avanzadas y los que se registran en las áreas subdesarrolladas, las cuales, a pesar de grandes esfuerzos que realizan, no consiguen superar el estancamiento persistente en que han vivido. En esta situación de dramática diferencia entre los países industriales y los en desarrollo, se destaca como una de las pocas excepciones el caso de México, país que, al haber mostrado en los últimos 25 años un continuo dinamismo tanto en la esfera económica como en la social, ha venido reafirmando en una posición de crecimiento sostenido y acelerado.

Las experiencias de nuestro país y sus perspectivas para las próximas décadas han sido objeto de recientes estudios y comentarios en diversas partes del mundo, considerándose que México puede servir de ejemplo para otros países en desarrollo o subdesarrollados. Solamente hace unas semanas "The Economist", de Londres, una revista financiera de prestigio internacional, declaró en las páginas de su suplemento especial dedicado a América Latina que, proyectando hacia el futuro el ritmo de desarrollo alcanzado por México en el período posbélico, nuestro país podrá, en un lapso relativamente breve, convertirse fácilmente en el Japón del hemisferio occidental. Es ese país el único que aunque formando parte geográficamente de un continente subdesarrollado en su conjunto, ha logrado convertirse, entre fines del siglo pasado y el momento presente, en una nación industrial comparable con los principales países de Europa Occidental.

Las excelentes perspectivas que tiene la economía mexicana se explican, según "The Economist", por el hecho de

que México es una sociedad muy dinámica en todos los sentidos. Este dinamismo se debe a políticas de desarrollo que combinan el sistema capitalista con los incentivos que ofrece la participación estatal en la economía; que fomentan conscientemente, desde hace varias décadas la sustitución de importaciones de bienes de consumo con el fin de aplicar al máximo la capacidad de importación para compras de bienes de capital; que permiten la amplia disponibilidad y rápida acumulación de estos bienes de producción para el fomento de las industrias pesadas; que aplican un conjunto de incentivos fiscales generosos para nuevas actividades productivas, así como políticas monetarias prudentes, encaminadas a canalizar recursos financieros internos y externos hacia estas nuevas actividades y, finalmente, debido al establecimiento del marco institucional que permite absorber de una manera rápida y continua la tecnología moderna proveniente de los países más desarrollados, marco que tiene como característica propia, por un lado, la presencia de empresas estatales en sectores cruciales para el desarrollo industrial, y por otro, la existencia de instrumentos que propician la asociación de inversionistas extranjeros con empresarios nacionales.

Para nosotros, los mexicanos, está fuera de duda la veracidad de estas afirmaciones. Es cierto, además, que el conjunto de políticas antes mencionadas ha contribuido en gran medida al surgimiento en México de una clase empresarial moderna —tanto en el sector privado como en el paraestatal— que sabe cómo adaptar a las condiciones especiales del país los adelantos que en la producción de bienes y servicios han alcanzado las economías avanzadas. Otro factor que no es menos importante, el de la política de fomento de la educación en todos los niveles, ha originado un progreso impresionante en la preparación técnica, en el adiestramiento de la fuerza de trabajo industrial y en el aumento de la productividad agrícola. Un elemento adicional, que explica nuestro desarrollo sostenido en condiciones de estabilidad monetaria, es el de las buenas relaciones obrero-patronales, que ha coadyuvado a suavizar las presiones inflacionarias que caracterizan a la mayoría de las economías de América Latina. Dado el crecimiento rápido de nuestro sector industrial, la ausencia de serias fricciones laborales permite amplia movilidad —en términos de ingre-

* Conferencia sustentada el 11 de noviembre de 1965 por el Subsecretario "A" de Industria y Comercio, en el Primer Seminario sobre Desarrollo Industrial, organizado por la Confederación de Cámaras Industriales de la República Mexicana.

sos y puestos— de la fuerza de trabajo que está adecuadamente capacitada para desempeñar tareas técnicas.

El crecimiento global del sector agrícola mexicano a una tasa mayor que la de la población, hecho que contrasta con el estancamiento de la producción agrícola en grandes partes de América Latina, África y Asia, se explica por la inversión pública en importantes obras de riego, por la apertura de nuevas tierras y por las políticas estatales de crédito y seguro agrícola. La modernización progresiva de la agricultura y el hecho de que la demanda interna de alimentos se halle ampliamente cubierta por la producción nacional, constituye, a su vez, otro factor que apoya la estabilidad monetaria, a pesar del ritmo acelerado del crecimiento de la economía en su conjunto. Si a todos estos factores se agrega el uso prudente de los recursos externos provenientes de exportaciones, turismo y créditos, para fines de diversificación de la estructura económica, se advertirá cómo nuestra generación ha logrado establecer bases firmes para el desarrollo económico futuro.

El conocimiento de las etapas recorridas por México en los tiempos más recientes, y la identificación de los problemas a que se enfrentarán la economía mexicana y nuestra sociedad en general en el futuro inmediato, requiere recordar la situación en que se encontraba el país a mediados de la década pasada. Hace solamente diez años que México contaba con 30 millones de habitantes y su producto nacional bruto llegaba a un equivalente de 225 dólares per cápita, situándose bastante más atrás de los niveles registrados en aquel entonces en algunos países de América del Sur, en 1955 el valor de la producción de las industrias de transformación era todavía menor que el de la producción agrícola, incluyendo la ganadería, la silvicultura y la pesca. La participación de la primera en el producto nacional bruto era de algo más de 20% y la de la segunda de cerca de 25%. En el mismo año, el país produjo 700 mil toneladas de lingotes de acero, un millón de toneladas de carbón, 2 millones de toneladas de cemento, 125 mil toneladas de ácido sulfúrico, 25 mil toneladas de sosa cáustica —estos dos últimos productos intermedios se consideran en todo el mundo como indicadores fieles del grado de industrialización— ensambló 32 mil automóviles, camiones de carga y autobuses, usando un elevado porcentaje de partes importadas, y produjo pequeñas cantidades de aparatos de radio, televisores, refrigeradores y otros bienes de consumo durable, también a base de ensamble con accesorios importados. El sector agrícola produjo 4.5 millones de toneladas de maíz, 850 mil toneladas de trigo, 450 mil toneladas de frijol y unas 200 mil toneladas de arroz, viéndose el país, todavía en aquella época, en la necesidad de importar ciertos alimentos en casos en que las condiciones climatológicas fueron adversas. En el sector energético la producción de petróleo crudo y refinado fue de algo más de 90 millones de barriles y la de gas natural de 120 millones. La generación de energía eléctrica llegó a 7,000 millones de kilovatios hora. La industria minera seguía todavía la orientación predominante a principio del siglo, es decir, se dedicaba principalmente a la explotación de un número reducido de minerales metálicos tales como plomo, cobre, cinc y plata para su exportación, en forma no elaborada o con un mínimo grado de elaboración, a los mercados de los países avanzados. En resumen, hace sólo diez años México seguía siendo un país en el que preponderaba el sector agrícola sobre el de las industrias de transformación, siendo a veces deficitario en la oferta de alimentos, con una industria de bienes de consumo duradero tan débil que llegó a llamársele industria del “desarmador”, por consistir fundamentalmente en la elaboración de productos finales con insumos importados. La industria básica y pesada era incipiente y la minería se hallaba muy poco diversificada.

¿Cuál es la situación de esas mismas ramas de producción en 1965? Según estimaciones preliminares, basadas en estadísticas que cubren entre 6 y 9 meses del año en curso, el valor de la producción de las industrias de transformación podrá exceder este año en un 50% al de la producción agropecuaria, incluyendo silvicultura y pesca. En los últimos diez años, el valor de la producción manufacturera, medido en términos reales, es decir, descontando los aumentos de precios, creció en cerca de 140%. Incluyendo en la producción industrial la industria de construcción, el petróleo, la energía eléctrica y la minería, el volumen global aumentó entre 1955 y 1965 en cerca de 115%. En el mismo período, el volumen de la producción agrícola registró un incremento

de alrededor de 50%, frente al crecimiento de población que fue de 40%. En el conjunto de las industrias de transformación, la posición relativa de las distintas ramas experimentó en los últimos diez años cambios sumamente importantes. En 1965 se espera producir casi 2.5 millones de toneladas de acero, frente a 700 mil en 1955, siendo el aumento de más de 240%. El volumen de la producción de cemento se ha duplicado, el de ácido sulfúrico creció en 300% (500 mil toneladas previstas para 1965 contra 125 mil toneladas en 1955) y el de sosa cáustica aumentó en 350%. La producción de fibras sintéticas llegó al doble de la registrada a mediados de la década pasada. Además, está empezando a funcionar la industria petroquímica pesada que proveerá a las industrias nacionales de bienes de consumo final de una serie de productos intermedios y de materias primas que antes se importaban.

Quizá el fenómeno más impresionante, dentro de este cuadro del desarrollo de México, es la aparición de una verdadera industria de bienes de consumo duradero y una industria de medios de transporte. En el caso de bienes de consumo duradero se usan en la actualidad casi exclusivamente insumos nacionales, y en el de medios de transporte, tales como automóviles, camiones de carga y autobuses, las dos terceras partes de insumos son ya de origen interno. El año pasado se produjeron en México casi 1 millón de aparatos de radio, 190 mil televisores y casi 100 mil refrigeradores cuya fabricación no existía —como hemos dicho— en 1955. El número de automóviles, camiones de carga y autobuses producidos en el país, podrá llegar en 1965 a 95 mil unidades, frente a 32 mil ensambladas en toda la República en 1955. Como resultado del establecimiento de la industria automotriz nacional, circularán en la República, a fines del año, alrededor de 750 mil automóviles para pasajeros frente a 300 mil a mediados de la década pasada. En lo que se refiere a las fuentes energéticas —insumos imprescindibles para la industria y la agricultura tecnificada— la producción de petróleo crudo y sus destilados aumentó durante el último decenio en 50%, la del gas natural en 300%, y la de energía eléctrica en 150%. Finalmente, la minería mexicana ofrece en 1965 un cuadro bastante distinto al de hace 10 años. En las últimas fechas México se convirtió en el segundo productor más grande de azufre del mundo; también está creciendo muy rápidamente la producción de carbón para fines de consumo interno y la lista de exportaciones mineras contiene hoy casi 30 minerales metálicos y no metálicos en lugar de una docena de que constaba en 1955. Además, como era de esperar, está aumentando rápidamente la demanda interna de materias primas de origen minero, la que a mediados de la década pasada era todavía marginal en comparación con el volumen total de la producción minera y de su exportación. Los casos más significativos son probablemente el del azufre, por un lado, y el del cobre, por otro. Es esta actual demanda interna el estimulante más vigoroso para la minería mexicana y permite pensar que en un futuro cercano la actividad minera dejará de ser un sector estancado de la economía nacional.

Es muy probable que los futuros historiadores de la economía mexicana afirmen que el punto de arranque en el frente muy amplio de la modernización coincidió con los comienzos de la segunda mitad de la década pasada. Es ésta más o menos la época en que el país empezó a registrar el progreso y modernización simultáneos del sector agrícola, del de industria de transformación, del de la industria energética y también el del sector de servicios —tanto financieros como comerciales. Es cierto que todavía persistían y persisten hoy los sectores y regiones rezagados, siendo el más importante de ellos el de la agricultura de subsistencia, pero gracias al progreso de los demás sectores —principalmente del industrial— cambió la naturaleza de los problemas de nuestro desarrollo. Hoy en día, en el caso de México, no se trata, por lo común, de crear polos de desarrollo o sectores dinámicos en un marco general de subdesarrollo, sino más bien de incorporar las grandes islas del subdesarrollo, distribuidas en varias partes del territorio nacional, al marco general de una economía y sociedad dinámicas.

Se ha venido afirmando, dentro y fuera del país, que México ha entrado en la etapa del despegue hacia el crecimiento económico y social autosostenido. Esta apreciación del problema, parece aceptar, de un modo más o menos consciente, la existencia del automatismo en el proceso de

desarrollo económico-social, hecho no comprobado por la experiencia histórica. Algunos casos revelan la existencia, incluso en nuestro continente, de sociedades y economías que después de haber logrado etapas de desarrollo comparables con el llamado despegue, no avanzaron más o experimentaron retroceso, perdiendo terreno en términos de producción de bienes y servicios y en el nivel de bienestar que habían alcanzado con anterioridad. Tomando en cuenta estos casos, cabe preguntarse: ¿reúne el México de hoy condiciones propicias para su desarrollo sostenido y acelerado en el futuro? La respuesta es positiva, evidentemente, si se toma en cuenta el progreso ya logrado, la amplia disponibilidad de recursos naturales y humanos, la estructura productiva y el acceso a la tecnología en los principales sectores de producción. Cumplidas estas condiciones, sin embargo, y tomando en cuenta la dudosa validez de la teoría del automatismo del crecimiento económico-social, habría que reconocer que el progreso futuro del país dependerá de que continúe aplicándose una política económica, constantemente vigorizada, que permita mantener y aun elevar las tasas de crecimiento de los sectores dinámicos, principalmente del industrial, y de la habilidad para hacer frente a los nuevos problemas que, en parte, surgen del propio proceso de desarrollo y, en parte, de la estructura de las relaciones económicas de países como México con el resto del mundo.

En la actualidad, a pesar del desarrollo impresionante de la economía mexicana, aún presenciamos el fenómeno de una utilización que podría calificarse de "subóptima" de las facilidades productivas en muchos sectores, como resultado de una defectuosa distribución del ingreso nacional y de la persistencia de una población económicamente marginal, tanto en el campo, como en crecientes aglomeraciones urbanas. En otras palabras, continúa presente en nuestra sociedad un fenómeno paradójico consistente en una gran demanda potencial o diferida para las industrias mexicanas de bienes de consumo, al lado de una capacidad ociosa en muchas de estas industrias. Este fenómeno tiene repercusiones negativas, no sólo en el plano social interno, sino que constituye un serio obstáculo para la solución de otro de los grandes problemas de cuya solución dependerá también el ritmo futuro del progreso económico y social del país.

Este problema consiste en la rigidez de nuestras relaciones con el resto del mundo, impuesta, en parte, por las políticas de los países económicamente avanzados y, en parte, por el tamaño presente de nuestro mercado nacional para bienes finales. Entre 1955 y 1965, el período que analizamos en detalle al principio de esta exposición, las exportaciones mexicanas evolucionan de 760 millones de dólares a alrededor de 1,100 millones de dólares, previstos para 1965, con base en las estadísticas de los primeros nueve meses del año en curso. El ritmo anual de expansión de nuestras ventas al exterior es menor que la tasa de crecimiento promedio en la década pasada de cualquier sector de la economía, con excepción de la minería. No puede sostenerse la tesis de que este crecimiento lento de las exportaciones, que afecta negativamente nuestra capacidad de importación y que, en consecuencia, nos conduce a acudir al crédito externo para fines de desarrollo, sea el resultado de la desviación de nuestra producción de los mercados externos al mercado interno. Es más bien el resultado de tres fenómenos, a saber: de una demanda débil en escala mundial para nuestros productos tradicionales de exportación; de los obstáculos que existen, también en escala mundial, para nuestras exportaciones de manufacturas y semimanufacturas, y de la imposibilidad o desinterés en algunos de nuestros sectores industriales de producir para la exportación. Pareciendo utópico esperar la mejoría de los mercados internacionales de productos básicos y de alimentos, el problema práctico se reduce a poder incrementar nuestra capacidad de importar mediante la producción y exportación de manufacturas y semimanufacturas. La solución depende, por un lado, de la decisión de los países industriales de ofrecer a México y a otros países en desarrollo, tratamientos preferenciales unilaterales en este campo, y por otro, del éxito de las medidas internas tendientes al ensanchamiento del mercado nacional, para que, de esta manera, se aproveche al máximo la capacidad productiva existente en el país y nuestras exportaciones de origen industrial se vuelvan más competitivas.

Nuestro convencimiento de la magnitud de este problema en el plano internacional explica por qué México se ha

mantenido al lado de los demás países en desarrollo, en favor de un cambio en las políticas comerciales de los países avanzados dentro de los Principios y Resoluciones aprobados por la Conferencia de Comercio y Desarrollo, y ello explica, también, nuestra participación activa en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, cuya estructura institucional y cuyos mecanismos de negociación acaban de ser fortalecidos mediante los acuerdos adoptados la semana pasada en Montevideo por la Primera Reunión de Cancilleres de los países de la ALALC, con los cuales se tiende a asegurar un ritmo más acelerado en el proceso de integración.

En el marco institucional quedó aprobado en esa Reunión la creación del Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores, que en lo sucesivo se reunirá de manera regular cada año; se constituyó un Consejo Consultivo de Asuntos Laborales y un Consejo Consultivo de Asuntos Empresariales, para el examen de los problemas obrero-patronales derivados de la integración; se fijaron las bases para que funcione un mecanismo arbitral que examine y resuelva las controversias de las Partes Contratantes, y se recomendó la creación de comisiones sobre problemas de la ALALC, dentro de los Parlamentos Latinoamericanos, y la invitación a los Presidentes de las Comisiones Parlamentarias Nacionales para que celebren reuniones anuales con objeto de examinar y promover el proceso de integración.

En el campo de la política comercial, los Cancilleres recomendaron que la Quinta Conferencia de las Partes Contratantes, que acaba de iniciar sus trabajos, reconozca la necesidad de adoptar el procedimiento automático de desgravación arancelaria en sustitución del mecanismo selectivo actual, y se fijaron las bases sobre las cuales el Comité Ejecutivo Permanente formulará el proyecto respectivo dentro del próximo año. Para este fin y para la pronta ejecución del programa de acción contenido en la Resolución 100 de la Cuarta Conferencia de las Partes Contratantes, se acordó fortalecer la Secretaría Ejecutiva de la ALALC, otorgándole nuevos poderes, y crear un cuerpo asesor permanente, de carácter comunitario, es decir sin responsabilidad de los gobiernos, compuesto por cuatro personalidades que sean nacionales de los propios países asociados.

Todo esto indica que el programa de integración económica de América Latina contará de aquí en adelante con nuevos mecanismos para dar ímpetu a su aceleración y que los empresarios de la zona podrán obtener mayores y más rápidos beneficios en el intercambio comercial y en la complementación e integración industrial, pero ello indica, también, una cercanía mayor y más intensa del proceso de libre competencia en las relaciones comerciales intrazonales.

En resumen, respecto al desarrollo económico y la industrialización de México y a sus perspectivas, pueden señalarse las siguientes tesis:

1. El impresionante progreso de México en la última década es el resultado acumulativo de un largo esfuerzo del Estado en el fomento del desarrollo, y de la reacción satisfactoria que este esfuerzo ha encontrado en amplios sectores de la sociedad;

2. En los últimos diez años, la economía mexicana sufrió profundos cambios estructurales, pasando de una situación en la que ya existían polos de progreso en un marco general de subdesarrollo, a otra en la que, en el cuadro del desarrollo, amplio y dinámico, subsisten todavía islas de subdesarrollo. Este cambio estructural ocurrido en condiciones de relativa estabilidad monetaria aparece comprobado por todos los datos estadísticos disponibles. Pocos países en proceso de desarrollo lograron éxitos de magnitud parecida durante la década pasada.

3. Consecuentemente, el México de hoy reúne condiciones propicias para un futuro desarrollo sostenido y acelerado, que algún día podría hacer de nuestro país, como lo vaticinó recientemente "The Economist" de Londres, el Japón del hemisferio occidental.

4. Esto no significa que México esté en una etapa de despegue automático hacia el crecimiento acelerado; se encuentra ante otros problemas, distintos de los que enfrentaba hace diez o veinte años, y el futuro desarrollo económico y social dependerá de la habilidad con que los diversos sectores —gubernamental y privado— acometan y resuelvan estos problemas.